

Prometeo, ¿Puedes liberarme de mis cadenas?

¿Hoy en día tiene sentido creer en algo más allá del propio ser humano? Cuando tú, Prometeo encadenado, les quitaste el fuego a los dioses, nos diste el poder de la conciencia. En ese momento caímos en la cuenta de que podemos construir nuestro mundo, ganar al frío, a las bestias, a la oscuridad... Nos abriste los ojos al poder de nuestras manos. Retaste a Zeus y proclamaste: "odio a todos los dioses que, habiendo recibido beneficios de mí, me tratan inicuiamente." ¿Acaso ahí no demostraste que son nuestros ruegos y sacrificios los que mantienen vivos a aquellos dioses que te condenaron al sufrimiento y a la angustia incesante del abandono? Te admiramos porque mientras nosotros dormíamos, tú te mantuviste despierto. Ahora, siguiendo tu ejemplo, hemos despertado. Hemos retado a Zeus. Pero te hemos superado: tú retaste a Zeus siendo inmortal, nosotros lo hemos hecho siendo mortales. Tú robaste el fuego, nosotros robaremos la inmortalidad.

Prometeo tuvo un importante papel en la creación del ser humano y robó el fuego de los dioses para dárselo a estas desamparadas criaturas. Zeus le condenó a estar encadenado a una roca mientras un águila se comía cada día su hígado, que se regeneraba por las noches. Este mito refleja una realidad humana presente desde tiempos inmemoriales: la tentación de desafiar a los dioses. Por ello, el ladrón del fuego ha sido una figura recurrente en la literatura, el arte e incluso en la filosofía.

En la Antigüedad, Hesíodo presenta por primera vez su historia. Esquilo nos ofrece su tragedia "Prometeo encadenado" y Platón cuenta su versión del mito en "Protágoras". Estos autores ven a Prometeo como un Titán que se burla de Zeus y se apiada de los hombres, pero no tienen intención alguna de ponerle como el ejemplo que debe seguir el ser humano para alzarse sobre los dioses. En cambio, desde el Renacimiento se le concibe cada vez más como hombre benefactor de la humanidad. Así, nos acercamos al Prometeo del Romanticismo, que se enorgullece de su rebelión: por un lado, recordamos el poema de Goethe "Prometeo encadenado", himno que parece resumir las máximas del escéptico religioso moderno. Por otro, encontramos la advertencia de Mary Shelley con su "Frankenstein: el moderno Prometeo", recordando a sus contemporáneos que hay un peligro en pensar que la ciencia hará todo posible. Un poco más tarde aparece Marx alabando a Prometeo como: "El más noble de los santos y mártires del calendario filosófico", por reconocer al hombre como divinidad suprema y despertarle ante su propio poder; al igual que hará posteriormente Nietzsche, para el que Dios ha muerto.

En el arte encontramos ejemplos excelentes de la representación de este mito. Podríamos hablar de Rubens y su "Prometeo", que se encuentra en el Museo del Prado. El autor retoma el tema cuando pinta "El castigo de Prometeo". En el primero está robando el fuego, en el segundo está siendo castigado por ello. Vemos como la intencionalidad de Rubens es principalmente narrativa, aunque el Titán es representado de forma muy humana. En el Romanticismo las versiones de Prometeo proliferan. A mitades del siglo XIX, el artista simbolista Gustave Moreau nos ofrece su propia interpretación Prometeo cuya representación recuerda a Jesucristo. Otro elemento que pretende hacer un paralelismo con el cristianismo es el fuego, pues en vez de estar en su mano, como lo estaría si lo hubiese robado, está sobre su cabeza, lo cual suele ser símbolo del Espíritu Santo. Esta relación establecida entre la figura de Prometeo y la de Jesucristo envía un claro mensaje: Prometeo es salvador de la humanidad.

Gracias a los avances tecnológicos y de la ciencia creemos que algún día llegaremos a conquistar y someter totalmente la naturaleza. Entusiasmados por nuestros hallazgos, comprobamos que vamos escalando el Olimpo: la medicina, la máquina de vapor, la electricidad y, lo más reciente, la Inteligencia Artificial. Pero hay una cima que se ansía alcanzar más que cualquier otra cosa: crear vida. Eso nos equiparará a Zeus, Atenea, Afrodita... y llevará a demostrarnos a todos esos crédulos que seguimos yendo a misa los domingos que no hay mayor dios que el ser humano. Contra esta pretensión se puede argumentar que tratar de alterar el orden de la naturaleza es peligroso, que no todo avance para la ciencia es un avance para la humanidad. Pero, al fin y al cabo ¿no es ingenuo considerar que el misterio de la vida se resuelve descubriendo una serie de conexiones neuronales, que no hay nada más allá de lo puramente físico?

La incógnita de la vida que tanto nos atrae es, en realidad, la cara de una moneda cuya cruz nos perturba insondablemente: la muerte. A diferencia de los animales somos conscientes de que vamos a morir, pero no sabemos si hay algo después. Muchos afirman que ese miedo a lo desconocido e inevitable es lo que nos ha llevado a construir dioses que nos prometen eternidad, salvación, paraíso... Así nos tranquilizamos y eludimos el sinsentido de la existencia. Eso sí, reconocen su utilidad para cohesionar y controlar a la sociedad: si somos buenos seremos premiados en el más allá. Vencer a la muerte es la forma perfecta de dotar de sentido una vida que, sin dioses, carece de él. Es la forma, en definitiva, de ser la salvación que los dioses prometen a los creyentes.

Pero ¿Realmente si evitamos la muerte se estaría cumpliendo esa promesa? ¿Es lo mismo la inmortalidad que la eternidad? Gustave Thibon se hace esta misma pregunta en su obra "Seréis como dioses". En un mundo donde el ser humano ha alcanzado la inmortalidad, Amanda, la protagonista, desea morir. Decimos que los dioses fueron inventados como amparo para consolarnos frente al fin de la vida, pero caemos en la misma trampa tratando de conquistarla, pues alargar indefinidamente la vida sigue siendo una forma de evitar enfrentarnos a la muerte. Confundimos el deseo de eternidad con la inmortalidad en el grito desesperado del que le aterra perder lo conocido y no aguata el riesgo que implica el misterio.

Aclamamos a Prometeo que retó a los dioses porque, como hijos de nuestro tiempo, queremos ser dioses, no nos conformamos con ser criaturas. Queremos el poder absoluto sobre nosotros mismos, ansiamos la libertad y rechazamos cualquier forma de sometimiento o inferioridad que nos parezca atisbar. Nos vemos tan grandes que el mundo se nos hace pequeño. Asociamos la creencia con la inocencia de la infancia o la superstición de la ignorancia. Rememoramos, como hace Goethe, los tiempos en los que solíamos elevar nuestra mirada al cielo creyendo que nuestra plegaria era escuchada y nos sentimos orgullosos de haber superado esa etapa de cándida juventud para tomar mérito y posesión de todo lo que agradecíamos al cielo.

¿Quién me ayudó en mi pugna

contra los insolentes Titanes?

¿Quién de la muerte me salvó,

y de la esclavitud?

¿No fuiste tú, tu solo,

sagrado y fervoroso corazón,

quien todo lo cumpliste?

Y, sin embargo, ardiendo

en tu bondad y juventud, iluso,

agradecías tu salud a aquel

que, allá arriba, dormita...

Pero Prometeo, respóndeme entonces a mis preguntas, ¿de verdad mi “sagrado y fervoroso corazón” me salvó de la muerte y la esclavitud? ¿No me salvó de la muerte la esperanza y de la esclavitud el amor? Porque, ¿no me enseñan mis padres que tengo un anhelo de amar y ser profundamente amada? Al verlos sé que toda una vida, por mucho que se alargue, es demasiado corta para sentirme satisfecha con lo que he amado. Una tarde de verano, justo después de comer, mi abuelo sonrió y me dijo: “En los ojos de tu abuela veo el cielo”. El amor tiene que venir un lugar más allá de la Tierra, porque nos eleva, pero no puede ser más humano, pues nos hace darnos cuenta de la belleza de nuestra vulnerabilidad. Nos lleva a perdonar, a acoger el sufrimiento, a servir. Amar tan plenamente que decidimos entregarnos a otro todos los días de nuestra vida, eso, nos hace libres. Prometeo, libérate de tus cadenas pues la capacidad de amar no la hicimos nosotros con nuestras manos ni se la robaste a los dioses: nos fue dada. Cuando me libero de lo que me aprisiona, descubro en el ser criatura la plenitud que buscaba ansiando ser dios.